

cernos como individuos. Mas aún, materias híbridas, esto es trama, urdimbre, tejido, sustancias que se entretienen, se fusionan, conviven y se complementan nos acercan también al concepto de Transculturación del que habla James Lull, donde existe el surgimiento de nuevas mezclas, nuevas texturas, nuevas sustancias, nuevas identidades a partir del reconocimiento de un otro, que a su vez devienen en riquísimos elementos para pensar, entender y proponer diseño, proponer cultura.

En definitiva, hay hibridación de la materia, hay transculturación de sustancia. Hay fusión, mediación entre culturas. La riqueza es infinita y surge a partir de la aceptación y convivencia entre identidades culturales.

## ¿Es posible aprender jugando?

Luis Asencio

Es sabido que uno de los problemas más acuciantes que tienen hoy en día los estudiantes que ingresan al ámbito universitario, es la falta de una formación sólida en lo que a comunicación se refiere, ya sea escrita u oral.

Desde que me inicié en la docencia, o tal vez sea correcto decir, en la tarea de transmitir conocimientos y experiencias por medio de diferentes técnicas y prácticas, han sido muchas las sorpresas, por lo general bastante desalentadoras, que he encontrado en las aulas. Y en más de una oportunidad, intentando vislumbrar junto a colegas del área de la comunicación, qué es lo que le sucede al alumno al momento de intentar transmitir una idea, un concepto, un proyecto, reitero, ya sea en forma escrita o en forma oral, el común denominador es que al alumno no le interesa experimentar nuevos códigos, muestra una marcada apatía hacia esta propuesta de investigación del discurso.

Los ritmos de vida actuales -o contemporáneos-, la avalancha de la comunicación visual, la aparición de nuevos códigos de entendimiento entre la juventud -acompañados y sustentados en la aparición de una tecnología apabullante- la muy endeble preparación previa -inconsistente en la mayoría de los casos-, la escasa práctica de lectura -que conlleva obviamente a una preocupante escasez de vocabulario- y la falta de escritura, han logrado que nuestros jóvenes asienten sus expectativas profesionales y de vida en el facilismo comunicacional.

Y no digo esto ni con orgullo ni con alegría. Es más, me provoca una profunda tristeza y un desaliento enorme ver que la gran mayoría del alumnado universitario ha perdido la práctica de la lectura y la escritura. Y es más, me aventuraría a afirmar que tal vez la mayoría de ellos nunca haya incursionado en el terreno de la investigación literaria en profundidad.

Pretender que nuestros alumnos no tengan faltas de ortografía es una utopía. Intentar que logren estructurar un discurso argumentativo, es una tarea quijotesca que, por lo general, nunca lleva a buen puerto. A todo ello, no debemos olvidar, como digo al principio, sumarle la enorme falta de interés que expresan en los espacios áulicos.

Entonces, la pregunta es: ¿Qué hacer? ¿Cómo lograr volver a esas épocas en las que daba gusto y placer enfrentar un escrito bien redactado, sin errores, creativo, pensado? ¿Qué mecanismos utilizar para que el alumno pueda verbalizar sin problemas, elocuentemente, con eficacia y eficiencia delante de un grupo de oyentes y transmitir un mensaje, persuadir, convencer, deleitarse por el sólo hecho de hacer un exquisito uso de la palabra?

He de permitirme aquí hacer un pequeño paréntesis para tratar de analizar la pregunta y, si es posible, encontrar una respuesta convincente, o al menos, una que nos acerque a descubrir qué hacer y cómo implementarlo, pues lo considero un deber y a la vez, un reto. Mi inserción en el mundo de la docencia fue puramente accidental, o si se me permite, causal.

Dado a que mis orígenes en el área de la comunicación están muy vinculados a las artes escénicas, a la práctica del teatro, claramente dicho, fui invitado a incorporarme a la cátedra de Oratoria en una institución universitaria pues la profesora a cargo deseaba introducir en la dinámica del aula nuevas técnicas para lograr que el alumno encontrara soltura en sus formas expresivas. Y las prácticas de relajación corporal y educación de la voz, parecían ser los que dicha docente quería incluir en la materia. ¡A mi juego me habían llamado! ¡Nada más atrapante para el actor que el desafío de enfrentar a los nuevos públicos! Fue así que luego de veinte años de teatro me encontré un día delante de una treintena de jóvenes que, azorados, estupefactos, inquietos, manifestaban que jamás habían tenido la experiencia de "pararse" delante de un público para intentar persuadirlos de algo. A lo sumo, y cuanto mucho, daban las consabidas lecciones orales sin entusiasmo, sin interés, repitiendo hasta el cansancio y sin comprender lo que los textos y los autores les proporcionaban como material de investigación y de aprendizaje.

¿Hablarle a mis compañeros? ¿Para qué? ¿Para persuadirlos? ¿Acaso era necesaria tanta solemnidad para crear ese espacio de comunicación, tanto físico como argumental y discursivo, frente a los accidentales oyentes? ¿A qué tanta preparación del cuerpo y de la voz?

Ante esta andanada de preguntas, planteos y cuestionamientos de mis alumnos, por un momento llegué a preguntarme si había sido una buena elección haber aceptado ese reto al que hacía referencia párrafos atrás. Fue el momento entonces de "armar" mi estrategia. ¿Cómo?

En aquel entonces me vinieron a la mente muchas de las frases que siempre había escuchado decir a mis profesores de teatro. Y sobre esa experiencia comencé a delinear lo que con el correr del tiempo los alumnos no sólo aceptaron, sino que entendieron cuál era mi técnica, mi táctica, y se acoplaron de una manera realmente inesperada y maravillosa.

El tema era el juego. Desestructurarlos. Invitarlos a que olviden por un instante la presión del "enfrentamiento" docente-alumno y que, en lugar de verme como a un enemigo, me permitieran ser su cómplice, simplemente quien iba a guiarlos por un camino distinto dentro del sistema educativo, visto por ellos tan riguroso y distante.

Traté por todos los medios que compartamos la idea que también se puede estudiar a través del juego, pero que demanda de un trabajo en el que debe existir también mucho respeto y concentración. No es sólo jugar. ¿Y qué es? Es utilizar algunas técnicas provenientes del entrenamiento que tiene un actor y que están orientadas, en su mayoría, a trabajar el cuerpo y la palabra para lograr soltura, mejor expresividad, desinhibición, dentro de una metodología de trabajo que rompe con la estructura del espacio convencional del aula y en el que los compromete a movilizarse, tanto corporal como emocional y culturalmente.

Plantearle a un alumno universitario que “jugará” a analizar un discurso oral y escrito desde el movimiento corporal y sus recursos fónicos, parece ser en una primer instancia y una rápida lectura, algo totalmente descabellado; pero los resultados obtenidos a lo largo de todos estos años de trabajo me permiten asegurar que los logros son ampliamente satisfactorios.

Tanto alumnos, como docentes de otras áreas, son bastante remisos a aceptar estas técnicas, pero aquellos, al observar, percibir y vivenciar las actividades a desarrollar en el espacio áulico, poco a poco ven que los resultados se encuentran al alcance de todos, en tanto tomen a la propuesta con absoluto respeto, tal como es planteada.

En varias oportunidades, algunos profesores colegas, al cruzarme con ellos en los pasillos de la institución educativa en la que compartimos la responsabilidad de trabajar con los mismos grupos de educandos, me preguntaban qué era lo que hacía con los alumnos para lograr que se suelten tanto en la expresión, pues veían que el rendimiento en sus materias había empezado a crecer positivamente desde que cursaban y ponían en práctica estas técnicas a las que hago mención. Otros se quedaban maravillados al observar que el alumno “fulano”, que no podía ni hablar al momento de tener que exponer un trabajo práctico, luego de cursar con esta metodología, había logrado un vuelco realmente inesperado. Y en verdad que podría dar nombres y apellidos de directores de carreras universitarias que en estos encuentros me hicieron notar que el camino elegido no estaba para nada equivocado, y me alentaron a continuar y también me consultaban si la forma de trabajar en el aula podía adaptarse a cualquier carrera, a lo que mi respuesta ha sido siempre afirmativa.

Pero en definitiva, ¿Qué es lo que hacemos? Pues absolutamente nada distinto a lo que cualquier alumno o persona interesada en mejorar su expresión hace, es decir, trabajar el aparato fónico para descubrir y mejorar todos los recursos y características de la voz, y lo gestual, el cuerpo, la expresión, el movimiento. Si, como varios autores citan, una presentación profesional es una especie de “puesta en escena”, es imprescindible saber manejar la voz y el cuerpo para llegar a persuadir al público.

En lo referente a mejorar la voz, es muy recomendable practicar distintos tipos de lecturas para analizar los matices de la voz. Y cuando digo analizar, hago referencia a que los comentarios y críticas deben realizarse en forma grupal para que todos aporten sugerencias ya que así el aprendizaje llega mejor al alumno.

Tipos de textos sugeridos para lectura: todos. Poemas, poesías, novelas, obras de teatro, crónicas, todo tipo de lectura aportará al alumno elementos para mejorar y será responsabilidad del profesor-docente-coordinador guiarlo para que entienda cómo mejorar su expresión verbal.

Y para mejorar la expresión del cuerpo y los gestos, ejercicios tan variados que pueden quedar a consideración del profesor teniendo en cuenta el grupo con el que habrá de trabajar.

En síntesis, la experiencia me indica que si el profesor-docente-coordinador logra que el alumno entienda, comprenda y acepte estas reglas de juego que no son muy comunes en el aula, los logros serán sorprendentes para ambos ya que en definitiva no estamos haciendo más que rescatar los métodos y las formas con las cuales todos los seres humanos empezamos a crecer y a comprender la vida en general: Aprender jugando.

## Jardines que estimulan los sentidos

Mónica Balabani

El objetivo fundamental de la materia Diseño de Parques y Jardines I es que los alumnos se familiaricen con el proceso proyectual, aplicando los conocimientos adquiridos a distintas situaciones de diseño cada vez más complejas. Uno de los ejercicios que se propone es el diseño de un jardín terapéutico planteado para solucionar alguna afección física, psíquica y/o emocional. Si bien el efecto benéfico que produce un jardín es reconocido y se lo ha utilizado a lo largo de la historia, investigadores como Ulrich reconocen como la definición de jardín terapéutico a “aquel diseñado para hacer sentir mejor a los usuarios” (Eckerling, 1996).

Uno de los aspectos involucrados en este tipo de diseño es la estimulación de los sentidos que influirá en la selección de plantas y materiales con la intención de proveer experiencias para ver, oler, escuchar, tocar y degustar. Los jardines se podrán diseñar exclusivamente para albergar o exaltar uno de los sentidos, tal el caso de los jardines de fragancias, mientras que otros pueden ser diseñados para exaltar varios o todos los sentidos a la vez.

### Sentido del olfato

Las plantas segregan aceites esenciales a través de sus hojas o de sus flores proporcionando emociones profundas y asociativas. Una fragancia determinada puede evocar memorias olvidadas. Un jardín que emana aromas diversos no solo puede proveer una variedad infinita de sensaciones sino que puede ser significativa para aquellas personas no videntes o que presenten alguna disminución y/o afección visual.

Al diseñar espacios que exalten el sentido del olfato, deberemos pensar en utilizar plantas cuyas hojas y/o flores puedan deleitarnos con sus aromas en distintos horarios del día y a través de las cuatro estaciones del año. Asimismo, deberemos tener en cuenta que algunas plantas presentan su perfume en contacto con el sol, mientras que otras solo nos entregan su perfume al